

Los apodos: Identidad, memoria y creatividad literaria

Jesús Ramírez Martínez (España)

jesus.ramirez@dfch.unirioja.es

Profesor Universidad de La Rioja

Socio colaborador de PANAL (Asociación de Patrimonio de Nalda), La Rioja, España

Miembro de CASAL (Centro Autogestionario de Solidaridad en el Área Latina)

Raquel Ramírez García (España)

Secretaria de PANAL (Asociación de Patrimonio de Nalda), La Rioja, España

Miembro de CASAL (Centro Autogestionario de Solidaridad en el Área Latina).

Resumen

Los autores presentan algunos aspectos de sus investigaciones sobre los apodos y las aportaciones que suponen para la memoria de los pueblos en los que se han generado y perviven. También, inciden en la función apelativa e identitaria de los mismos, tanto en el ámbito personal, cuanto grupal. Finalmente, muestran parte de las experiencias de creación literaria que, partiendo de estos apelativos, se han generado durante sus investigaciones en las aulas.

Introducción

Los apodos o motes son los apelativos más frecuentes en los ámbitos rurales y populares. Constituyen un patrimonio inmaterial de gran riqueza para nuestros pueblos y son de gran rentabilidad para los estudios léxico-semánticos y sociolingüísticos. Tienen carácter universal y muestran un modo de relacionarse y tratarse las personas en los círculos más cercanos.

Nuestra primera aproximación a estos sobrenombres estuvo motivada en cubrir tres objetivos: 1. Estudiarlos desde el punto de visto lingüístico. 2. Comprobar sus posibilidades pedagógicas desde la didáctica del lenguaje. Y 3, trabajar educativamente los valores, especialmente, los de respeto y convivencia. Fruto de estos estudios, desarrollamos dos investigaciones entre los años 1997 y 2002.¹ Seguimos con las investigaciones sobre estos apelativos, y son varias las publicaciones que han generado sobre las mismas.

¹ RAMÍREZ, J., 1998 y 2002. Se comenzaron en Nalda, pueblo de La Rioja española. La Rioja es una Comunidad Autónoma del norte de España, ubicada en la cabecera del Valle del Ebro, que limita al norte con el País Vasco y Navarra. Al este con Aragón y al oeste con Castilla-León. Es famosa por sus vinos, su agricultura de alta calidad y por el Monasterio de San Millán de la Cogolla, donde se conservan los primeros escritos en lengua castellana, Las Glosas Emilianenses, y los primeros en euskera.

Acudimos a este “1er. Foro Latinoamericano: Memoria e Identidad”, en la idea de que nuestros trabajos sintonizan con su espíritu y sus ejes temáticos, y con la esperanza de una participación conjunta en el ámbito latinoamericano para desarrollar estudios compartidos sobre la memoria, la identidad y los valores de solidaridad y hermandad que nos unen. Quizá los diccionarios de estos sobrenombres sean un proyecto que podamos abordar juntos. Sería una bella manera de construir juntos una parte de nuestra identidad y de nuestra memoria. Sea como fuere, agradecemos la posibilidad de participar en este 1er. Foro Latinoamericano y de ofrecer y compartir nuestras experiencias y expectativas científicas. Y compartimos, asimismo, la aspiración que se manifiesta en su programa cuando se manifiesta que pretende “*constituirse en un ámbito de elaboración colectiva de ese desafío en el que cada disciplina científica, cultural y social aporte, y confronte perspectivas en la construcción de un saber nuevo, cimentado en la diversidad y, al tiempo, promotor de la integración.*”

Apodos: Apelativos Universales de Carácter Popular

Los apodos, verdaderamente, son unos apelativos universales y de honda raigambre popular. Tomemos, a modo de ejemplo, los sobrenombres de los *pelotaris*, jugadores de un deporte tan popular como el de la pelota a mano, tan practicado en El País Vasco, Navarra, La Rioja y en el norte de España.² La Rioja ha dado en el tiempo tres grandes campeones mundiales: *Barberito I*, de Baños de Río Tobía; *Tripita I*, de Albelda de Iregua; y *Titín III*, de Tricio. Obviamente, ninguno de ellos se llamaba así. El primero, Abel San Martín, era hijo del barbero del pueblo. El segundo, José Luis Benito, lucía una ligera barriguita. El tercero, Augusto Ibáñez, es nieto de uno de los gemelos, Agustín y Augustín, *Los Titines*³. Pues bien, los tres jugadores pertenecen a familias de grandes campeones: Los *Barberitos* llegaron hasta *Barberito IV*; los *Tripitas*, hasta *Tripita III*; y los *Titines*, están en *Titín III*. Toda una identidad, todo un ejemplo de memoria histórica de un deporte popular que en estos jugadores ha llegado al techo de la profesionalidad más reconocida. Todos ellos han mantenido sus apodos familiares como nombres deportivos casi exclusivos. Por sus nombres propios apenas los reconocería nadie, mientras que por sus apodos son regional, nacional y mundialmente conocidos en el ámbito de este deporte. Y lo mismo podríamos decir de muchos jugadores de fútbol en su práctica más popular.

Como ocurre con estos *pelotaris* riojanos, pasa con todos los habitantes de los pueblos de La Rioja. Y en Nalda, como en cualquier otro, a las personas se las conoce, principalmente, por sus motes o apodos. Es un hecho inapelable e inevitable en los pueblos y en todas las sociedades donde las relaciones se dan en cercanía: barrios, tajos laborales, escuelas y equipos deportivos de fútbol o de otras competiciones... Los apodos son universales, perviven y se transmiten o heredan con mucha frecuencia. Algunos identifican a sus sobrenombrados hasta el final, ya que

² Es un juego de frontón de alto valor etnográfico e identitario. Consiste en que los jugadores golpean y lanzan, con la mano desnuda, una pelota de cuero muy dura y sonora contra el frontis (frente del frontón) y la han de ir devolviendo, alternativamente, hasta que un jugador la eche fuera de los marcos fijados o ierre al devolverla.

³ Se decía de ellos que eran tan “iguales” que jugaban a la pelota indistintamente el uno por el otro y que era difícil diferenciar con cuál de ellos se enfrentaban los jugadores contrarios. Por ello, festivamente contrariados y divertidos a la vez, decían sus adversarios que cuando jugaban con uno de ellos, era como si jugaran con los dos, porque no sabían con cuál de los Titines peleaban su partido.

es frecuente, incluso, que aparezcan en las esquelas necrológicas de las zonas rurales de España como en Asturias, Andalucía o en La Rioja.

El apodo está definido por la Academia en primera acepción como el “*nombre que suele darse a una persona, tomado de sus defectos corporales o de alguna circunstancia.*”. (DRAE, 1992: 112) No obstante, son interesantes las matizaciones significativas que aporta María Moliner para los términos apodo y mote (1984: 216 y 462), respectivamente: “apodo. “Mote”. *Sobrenombre aplicado a veces a una persona, entre gente ordinaria, y muy frecuentemente en los pueblos, donde se transmite de padres a hijos.*” Y “mote. “Apodo”. *Sobrenombre, generalmente alusivo a alguna cualidad, semejanza de la persona a quien se aplica, por el que se conoce a esa persona. Especialmente, los usados en los pueblos, que pasan de padres a hijos y, generalmente, no son tomados por ofensivos.*” Nos da tres pautas importantes: 1, que abundan o son frecuentes en los pueblos; 2, que se transmiten de padres a hijos; y 3, que se produce “*entre gente ordinaria*”⁴, aunque, “*generalmente, no son tomados por ofensivos.*” Apunta a los principios que entendemos que van a constituirse en requisitos para que un término llegue a la categoría plena de apodo o sobrenombre. Y como ya escribimos en otra ocasión (Ramírez, 2001), los requisitos básicos para ser catalogados como apodos plenos son: 1. Cumplir las funciones apelativas y distintivas. 2. Permanecer en el tiempo de forma muy prolongada. 3. Transmitirse de forma hereditaria a la familia o a algunos de sus miembros. 4. Sufrir un proceso de dessemantización continuo.

Los apodos se pueden catalogar desde distintas perspectivas, pero suele ser la semántica la más relevante. Aportamos la calificación de Moreu-Rey (1981), como una de las primeras que se elabora con rigor científico: “*A. Especificidad constante del nombrado. 1. Situación familiar*⁵. *2. Situación social. 3. La etnia. 4. Características físicas: El aspecto físico, o una parte relevante de él, o en relación directa con él como es el caso de la vestimenta. 5. Singularidad del carácter. 6. Los Oficios: La actividad profesional. 7. La dedicación constante no profesional. 8. Un nombre, apellido o apodo, propios o modificados... 9. El lugar de origen o residencia. B. Una relación episódica o anecdótica, no constante.*” También resultan interesantes las de Carrera de la Red (1998) y Díaz Barrio (1995).

Nuestra catalogación contempla los siguientes campos semánticos para los apodos del Valle Medio del Iregua: “*1. Actitudes, tendencias y características psicológicas. 2. Alimentos. 3. Animales. 4. Antroponímicos u onomásticos. 5. Cuerpo y aspecto físico. 6. Objetos. 7. Palabras malsonantes. 8. Profesiones. 9. Toponímicos. 10. Vegetales. 11. Opacos. 12. Otros.*” Nuestra clasificación contempló los significados rectos y los figurados.

Aunque los motes y apodos constituyen una riqueza inmensa dentro del patrimonio inmaterial de cualquier cultura, siguen sin estudiarse en profundidad. A pesar de que en los últimos años

⁴ MOLINER, M. (1973), Diccionario de uso del español. Madrid, Gredos, 1984. Estas apreciaciones nos certifican la percepción, a veces errónea, que se puede tener de los apodos y de su uso por parte de personas que no viven en el ámbito rural: Los apodos son utilizados como identificadores de forma generalizada en los pueblos y responden a una cultura que no siempre es interpretada correctamente desde otras perspectivas socioculturales.

⁵ La nota es nuestra: Moreu-Rey utiliza para su clasificación un sistema que consiste en que, a partir de estos grandes campos de clasificación, va elaborando subgrupos que responden a un criterio clasificador mucho más exhaustivo y minucioso. A modo de ejemplo, diremos que de este primer grupo cataloga cinco subgrupos: 1. Parentesco por consanguinidad. 2. Filiación. 3. Circunstancias del nacimiento y la filiación. 4. Parentesco por afinidad (matrimonio). 5. Consideraciones subjetivas. Aún son mucho más exhaustivas la subclasificaciones de otros grupos, como el de las características físicas.

se han iniciado algunos trabajos sobre ellos, queda una gran labor por hacer desde el punto de vista científico. Si bien es verdad que cada vez es más frecuente encontrar listados de apodos recopilados en algunos pueblos por estudiosos amantes de los mismos y de su cultura o por asociaciones de carácter cultural (basta con alguna consulta en cualquier buscador de la Red para comprobarlo), también es cierto que se adolece de los estudios científicos suficientes que estos apelativos requieren.

Como se puede suponer, los apodos no constituyen una novedad. Fueron los nombres propios primeros y existen desde siempre. Fue la paulatina dessemantización de los apodos la que derivó hacia los nombres oficiales que hoy conocemos. Pero, en su origen, todos los nombres propios eran apodos, es decir, estaban motivados por algún hecho que guardaba relación con el apodado. De ahí, nombres como Fabio o Cicerón, entre otros. Del mismo modo, encontramos en la historia una buena muestra de apodos que se constituyen en apelativos de gran relevancia como *El Nazareno*, *El Cid Campeador*, *El Quijote de La Mancha*, *El Españolito*⁶, etc. En fin, que los apodos existen desde siempre y siguen vigentes. Evolucionando y pasando, incluso, a la categoría de nombres propios merced a algunos trámites administrativos como ocurre actualmente, por ejemplo, en Brasil. Los estudios onomásticos dan buena fe de ello.

Identidad: Función Apelativa e Identitaria

La identificación precisa y personal es la función principal de los apodos, que es mucho más que la mera filiación administrativa y oficial de las personas. Éstos no sólo identifican, sino que, con gran frecuencia, añaden valores de pertenencia al grupo, de identidad familiar, de signo de vinculación a tu gente.⁷

Son frecuentes las anécdotas de personas que, en momentos de despiste, no han llegado a identificarse a sí mismas por sus propios nombres de tan interiorizada que tienen su identidad en el apodo. También son frecuentes los comentarios de personas que van a los pueblos a dar algún servicio, como carteros, operarios de telefonías o comerciales que manifiestan que en los pueblos es casi imprescindible tener la referencia del apodo porque, sólo por el nombre, es difícil localizar a las personas. Quizá por ello, hay pueblos españoles como en Galicia, por ejemplo, donde se realizan listines y guías telefónicas de uso interno donde se presentan los apodos como primera entrada.

La literatura de carácter antropológico también nos aporta pruebas de la función identitaria de estas formas de sobrenombrar a las personas. La novela de Marlo Morgan (1997: 72), *Las voces del desierto*, creemos que es un buen referente de cómo sobrenombran los aborígenes australianos, aún hoy, y cambian los nombres propios, según la habilidad, grado de autorrealización y reconocimiento social: “...*Es de esperar que el nombre de cada persona cambiará varias veces durante su vida a medida que su sabiduría, su creatividad y sus objetivos se definan asimismo con mayor claridad al*

⁶ Francisco Javier García Fajer, El Españolero, importante compositor español del siglo XVIII, nacido en Nalda. Autor de música religiosa de su época, con importantes oratorios. Y óperas, como “Pompeo Magno in Armenia”, recuperada por PANAL y representada en Logroño y Madrid en el año 2003.

⁷ En el País Vasco y en el norte de España, por ejemplo, muchos apodos coinciden con el nombre del caserío, masía o casa de campo donde vive la familia.

transcurrir del tiempo. En nuestro grupo se hallaban Cuentista, Hacedor de Herramientas, Guardiana de los Secretos, Maestra de Costura y Gran Música, entre otros muchos.” Algo similar plantea Taylor (1996) para los indios americanos.

Si recordamos la clasificación semántica de los apodos, es fácil deducir la carga de identificación e identidad motivada y precisa que éstos aportan a quienes sobrenombran. Especialmente, aquellos que hacen referencia a características físicas, psicológicas y personales; a profesiones y a la procedencia. En el caso de los de profesión, procedencia y algunos opacos que no resultan malsonantes, incluso pueden llegar a ser asumidos como una marca de un cierto rango social, además de un signo claro de pertenencia e identidad grupal.⁸ Creemos que resulta pertinente aportar la anécdota de unos descendientes de emigrantes naldenses a La Argentina a principios del siglo XX, que han mantenido los signos de identidad de la familia, incluso con el rasgo de jovialidad y sentido del humor que la caracteriza. Nos lo transmitía un nieto argentino de Antonio Ramírez, *Cachila*, de Nalda. En uno de sus viajes al pueblo comentaba, entre divertido y nostálgico, la cancioncilla que desde la infancia le había enseñado su padre, “heredada” del abuelo, quien la cantaba alegremente. Todos ellos se sentían identificados con el apodo familiar que les hacía miembros de ese grupo cuando la recitaban.

Los apodos son signos de identidad para las personas y sus familias, y por ello permanecen en su memoria. Hasta tal punto, que es frecuente que en Buenos Aires, por ejemplo, aún te digan con emoción “yo soy de *Los Lobitos, Los Lolos, Los Maestrillos* o *Los Chiflaibaila*. Del mismo modo, en La Rioja (España), se apoda a algunos que han vuelto de América Latina como *El Americano, El Indiano* o *El Che*.

Memoria: Recursos Comunicativos de Conservación de la Historia, Modos de Vida, Cultura, Arte, ...

La doctora y escritora Isabel Escudero nos definió en cierta ocasión los apodos como elementos de “metaescritura” por su capacidad para mantenerse en el tiempo y conservar, con ellos, la memoria de la cultura a la que pertenecen.⁹ Los apodos, realmente, cristalizan y conservan de modo indeleble la memoria de unos modos de cultura que permanecen en el propio significado de estos términos, de este léxico que constituye un rico aporte a la memoria inmaterial de los pueblos.

Pues bien, hagamos un poco de memoria: Los campesinos y ganaderos del Valle del Iregua (La Rioja) habitaban a sus hijos e hijas a participar en todas las labores agropecuarias familiares.

⁸ Hay estudiosos que defienden la importancia del apodo o mote como rasgo de prestigio y de alcurnia. En algunas sociedades ni se era, ni se es nadie, hasta que la persona se ha hecho merecedora de un apodo personal propio. Éste es mucho más identificador e intransferible, salvo como herencia de familia, que el nombre propio y los apellidos, que vienen dados de modo oficial; y desde luego, al margen de motivaciones personales aceptadas o rechazadas. El mote, en su origen, estaba muy relacionado con la heráldica.

⁹ Probablemente, estaba presente en su afirmación la razón de ser de la escritura, que nace como procedimiento necesario para almacenar datos, cultura y saberes que han de transmitirse y permanecer en el tiempo. Como una forma de guardar en la memoria y generar identidad. La escritura con sus signos gráficos y los apodos, esencialmente orales, son memoria de los pueblos y de sus saberes. También, base y principio de la historia.

De este modo, éstos se iban implicando en la cultura propia e iban adquiriendo los saberes de sus antepasados y de sus pueblos, que buscaban la educación pragmática para la supervivencia en cualquier situación. Todos estos niños y niñas debíamos ser capaces de producir todos aquellos alimentos, herramientas, conservas o manufacturas familiares que nos permitieran la no dependencia de otras sociedades. Así les ocurrió a nuestros abuelos y padres en nuestra sociedad, casi tardo-feudal, y así lo vivimos nosotros en nuestra infancia, en la resaca de la posguerra.

Sigamos haciendo memoria sobre algunos de ellos: Jesús Ramírez Berges, natural y vecino de Nalda (La Rioja), cuyo nombre poca gente del pueblo y de los municipios vecinos conoce, es para todos *Capitán*, hijo de Teresa *La Capitana*.¹⁰ Con Inocencio Ramírez Valdemoros, espléndido jinete, ocurría casi otro tanto, ya que, aunque más conocido por su nombre, quedaba totalmente identificado por *El Che*, porque era su modo de apelar y dirigirse a todo el mundo cuando volvió de La Argentina. Había nacido en San José de la Esquina (Santa Fe), de donde volvió con 14 años en 1928 (hijo de los emigrantes riojanos Valentín Ramírez, *Pichoche*, de *Los Chinchanes*, y de Teresa Valdemoros, de *Los Melones*). Ambos, Jesús e Inocencio, nos hechizaban de niños cuando nos iban narrando, épica y literariamente, su historia, las historias de sus vidas, de sus familias y de las gentes del pueblo. Nos narraban, nos literaturizaban su historia y nos fueron introduciendo en la literatura a través de la nuestra propia. *Capitán* y *El Che* son nuestros padres. Ambos, y nuestras madres, La Juli, *La de Ambrosio* y La Candelas, *La Molinera*, nos regalaron esas enseñanzas. Todos ellos, y nosotros también, nos sentimos muy orgullosos de haber aprendido tantas cosas que puede que hoy se consideren innecesarias en algunas sociedades, pero que a nosotros nos parecen tan importantes. Y, por supuesto, nos produce una cierta tranquilidad el saberlas.

Esto pasaba en Nalda, así como en el resto de los pueblos del Valle, hasta hace treinta y cinco o cuarenta años: Los niños y niñas aprendíamos a conocer el territorio por sus nombres, por su toponimia exacta y por el nombre o apodos de sus propietarios. Del mismo modo nos enseñaban y aprendíamos a arar, sembrar, plantar, labrar y recolectar; a hacer el pan, reposterías, embutidos, queso de cabra y las conservas; así como a ordeñar, cortar leña y realizar los pequeños arreglos. Y nos acostumbraban a contar y cantar mientras se limpiaban las alubias o frijoles en las cocinas, se oía crepitar el fuego en el fogón o se elaboraban las matanzas de los cerdos en invierno, al son de las canciones de columpio “*Las molineros que suben y bajan/ con las talegas llenas de trigo y de paja/ ...*” Todo empezaba con la premisa de compatibilizar la escuela y la supervivencia familiar. Haciendo convivir los cuentos y el lapicero con las pequeñas tareas, reguladas, incluso desde la escuela, en el “tiempo de llevar la comida” al campo a los padres, abuelos, tíos y familiares, hombres y mujeres, que compartían, todos, las duras labores agrícolas. Así crecimos. A veces ocurría, como en nuestro caso, que en una misma familia coincidían o se juntaban personas con todo tipo de oficios: El abuelo Venancio, *Teclé*, también apodado como *El Cestero* hacía toda clase de trabajos con mimbre. El bisabuelo Pablo Cacho, padre de la abuela Clemencia,

¹⁰ La bisabuela Trinidad, también *La Capitana* (con mucho carácter y muy mandona), sobrenombró ella misma a sus hijos varones con apodos de militares de la época: Alejandro, general Pando; Emilio, general Malgallo; Arturo mereció otro de menor rango y parece que muy personal, sargento Moquila. Perduraron Pando y Malgallo. *Capitana* quedó para la abuela Teresa, por ser la más joven y también de mucho carácter. Por ese apodo se la conoció siempre y se la recuerda en la memoria colectiva del pueblo.

La de Cacho o *La del tío Sietemoqueros*, era alguacil y sepulturero. Este oficio lo “heredó” el abuelo Gaspar, apodado como *Ambrosio* o *El Enterrador*. La abuela Encarna, *La Molinera*, regentaba el molino con el abuelo Bernardo, *Tiriti*. El tío Ángel, que hacía y arreglaba el calzado, es *Capitán*, *El Zapatero*. El tío Cipriano sigue siendo pastor, del tal modo que *Piano* en el pueblo no puede tener otro oficio que el suyo. Los tíos Isabel, *La Capitana*, y Pablo, *Ajito*, han sido *Panaderos*. Únicamente Jesús, *Capitán*, ha sido sólo y exclusivamente labrador.

Como hemos podido comprobar en este breve repaso por la historia familiar, los apodos están presentes en los protagonistas más relevantes. En cada una de las personas. Por eso podemos decir que se constituyen en un recurso magnífico para reconstruir la historia de nuestros pueblos y sus gentes. Una historia cotidiana muy cercana, de primera mano, nada científica, pero sí muy vital y plena de marcas épicas familiares. Es lo que suelen hacer los abuelos cuando, preguntados por el listado de todos los apodos de su localidad, nos transmiten de forma oral todo tipo de historias del pueblo. Suelen hacer un recorrido espacial y social a partir del final de cada una de las calles, y, casa a casa y persona a persona, van tejiendo todas las redes de historias, anécdotas, vínculos, hechos y dichos de todo el pueblo (González, 2001).

Con todo, hay que cuidar mucho el uso de los apodos ya que pueden resultar ofensivos e hirientes.¹¹ Y hay que cuidar la memoria positiva de los pueblos y no permitir la burla a la que a veces pueden llevar si se tratan con frivolidad y se sacan de contexto. Especialmente, aquéllos cuyos significados rectos o figurados puedan sugerir degradación para el buen nombre y ser tomados como recursos para la burla, caso de los referidos a características físicas, psicológicas y de comportamientos. Pero, si retomamos la catalogación de los apodos que hemos aportado anteriormente, es fácil deducir que los que más datos aportan a la memoria de los pueblos son aquellos que en su significación más recta conservan informaciones sobre *Alimentos*, *Animales*, *Antroponímicos*, *Objetos*, *Profesiones*¹², *Toponímicos* y *Vegetales*, principalmente.

Creación literaria: En la Literatura Universal, Costumbrista, Infantil y en nuestras Investigaciones.¹³

La presencia y rentabilidad literaria de los apodos está fuera de toda duda. No hay nada más que recordar y citar, incluso, algunos títulos o personajes literarios para caer en la cuenta de ello: *La Regenta*, de *Clarín*; *El Quijote*, de *El Manco de Lepanto*; *Manolito Gafotas*, *Pulgarcito*, *Blancanieves* o *Caperucita Roja*. Aparecen en la literatura universal y, por tanto, en la de cada uno de nuestros países. Por consiguiente, no vamos a abundar en ello por su evidencia. Aunque sí citamos una

¹¹ Es, sin duda, una de las dificultades para el estudio de los motes o apodos.

¹² Tomemos sólo y a modo de ejemplo algunos apodos relacionados con las ocupaciones del Valle: 1. Agropecuarias: Burrero; Caporales; Cochinerro; Conejero; Esquilador; Forestal; Granjero; Hortelano; Labrador; Palomero; Pastora; Pepinero; Regador/a; Sacatufos; Segador; Tripero. 2. Oficios artesanos: Alpargatero; Bastero; Botero; Cachavera; Calderero; Capachero; Carbonero; Carpintero; Quesera; Remendón; Sillera; Tonelero; Zapatero. Es fácil comprender que se puede ir reconstruyendo todo un mundo cultural haciendo referencias a trabajos y servicios que cubrían, a herramientas que utilizaban, a productos que generaban, etc.

¹³ Estas investigaciones se han llevado a cabo en escuelas y en la Universidad de La Rioja. Se han recogido, recopilado y trabajado más de 3.000 apodos. Pueden consultarse en la tesis doctoral, depositada en la UNED, en Madrid. Referencia en la página TESEO, del MEC, sobre la tesis doctorales españolas.

manifestación de García Lorca que resulta ser un indicador premonitorio del poder literario de los apodos:

*“Estudié mucho. (...) Yo he fracasado en Literatura, Preceptiva e Historia de la Lengua Castellana. En cambio, me gané una popularidad magnífica poniendo motes y apodos a las gentes.”*¹⁴

Nos vamos a centrar un poco más en la potencialidad literaria de estos apelativos. Lo hemos comprobado en nuestras experiencias de aula de forma continua. Aunque se llevaron a cabo prácticas de textos de poética, de generación de personajes fantásticos y de proyectos educativo-literarios (Ramírez, 2002)¹⁵, la producción más significativa fue la desarrollada con los “cuentos en acordeón” que partían de entradas similares para las escuelas de Educación Primaria y para los estudiantes de Magisterio de la Universidad de La Rioja, y cuyos personajes protagonistas llevaban por nombre algunos apodos investigados. Los resultados fueron en torno a 300 títulos-narraciones de gran calidad textual, gráfica y de bella e imaginativa manufactura editorial. Entre otras, éstas fueron algunas de las entradas: 1. “*El Chuti*”, un tipo simpático y jovial de mi pueblo, había sido elegido como alcalde en las últimas elecciones...” 2. “Era la primera vez que *Paticorto* salía a pasear con su perro...” 3. “Aquel joven que años más tarde, ya famoso, le llamarían “*El Filósofo*...” 4. “*El Americano*” cruzó la plaza raudo y veloz como una centella...” 5. “Naturalmente que Paquito, “*Dosechichas*”, no volvió por la casa de Don Ángel, el cura, después de la travesura de los huevos cocidos...” 6. “Érase una vez un niño llamado “*Carabueño*” que siempre estaba contento...” 7. “*Al Herrador*” le parecía a veces una locura...” Y otros.

Con todo, y de modo natural, no hemos hecho otra cosa que continuar una tradición literaria oral, ya que las canciones o poemarios con los apodos de algunos pueblos ya llevaban muchos tiempos en la memoria de nuestras gentes. Ejemplos como los de Alfaro y Autol en La Rioja, y las de otros pueblos de la provincia de Guadalajara, donde aparecen arromanzados, entre otros muchos testimonios, son una buena muestra de ello (Martínez, 1983; Ruiz, 1998; VV.AA., 1992).

¹⁴ GIMÉNEZ CABALLERO, E. (1928), “Itinerarios Jóvenes de España: Federico García Lorca.”, en GARCÍA LORCA, F., Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1977, Vol. II: 935.

¹⁵ Los cuentos en acordeón se redactaron en cuadernillos elaborados por el mismo alumnado, compuestos de cubiertas de cartulina de color y folios blancos. Fueron fabricados manualmente en una especie de taller completo de creación de escritura donde, incluso, se elaboró el propio soporte, con el doblado, encuadre, guillotinado, cosido y ornamentación última. Se trataba de fomentar también el valor de la autonomía para elaborar los propios recursos básicos, la capacitación y competencia de realizarlos, la concienciación sobre los principios de producción y consumo racional, el trabajo manual y el buen gusto.

El resultado fue una actividad lúdica y muy motivadora, con una metodología de carácter pragmático, constructivista y de aprendizaje por tareas, especialmente, a través de la generación de textos escritos.

El método específico se basó en el trabajo en grupo, ya que cada cuento se compuso entre cuatro autores, aunque cada uno se encargó, finalmente, de darle la forma definitiva a la redacción última del cuento que él mismo comenzó. El cuadernillo que cada alumno elaboró como su trabajo de aula, debidamente compuesto y terminado, tanto en el texto escrito como en los gráficos y la presentación, iba a nombre de quien comenzó el cuento, escribió la redacción última y trabajó su presentación final. No obstante, en la ficha técnica del cuadernillo-libro, figuraban los nombres de los cuatro alumnos que colaboraron en la redacción del primer borrador.

A modo de conclusiones y algunas proyecciones

Los apodos son universales y siguen vigentes en todos los ámbitos, aunque tienen mayor relevancia en los ambientes rurales y en sociedades con relaciones de cercanía.

Tienen una función prioritaria que es la apelativa e identitaria, tanto en lo personal cuanto en lo familiar o grupal. Por consiguiente, aportan signos de identidad indeleble a quienes los portan, aunque se vayan desemantizando con el tiempo.

Conservan rasgos culturales de los pueblos y mantienen la memoria de las gentes, sus culturas y su historia.

Son un recurso sociolingüístico y cultural de gran interés. Desde el punto de vista lingüístico, constituyen un elenco de voces de gran rentabilidad, especialmente desde la léxico-semántica y la etnografía antropológica. Y desde el literario, son un referente de primer orden en la literatura universal y una fuente inagotable de creación literaria, tanto profesional como lúdica, educativa y popular.

Convendría poner en marcha investigaciones sobre los apodos que nos permitieran enriquecer la ciencia de la onomástica antroponímica y patronímica.

Son un gran recurso para trabajar los valores en educación a través de la práctica literaria.

Se ha de cuidar mucho el enfoque, los procedimientos, las finalidades y el modo de abordar estos apelativos tan “pegados” a la piel y a la identidad más cercana de las personas a las que sobrenombran e identifican sin ninguna ambigüedad, ya que pueden resultar hirientes y ofensivos para el buen nombre, imagen y memoria de las personas.

Es necesario la colaboración de investigadores interdisciplinarios para ir recopilando los apodos y elaborando los pertinentes tratados o diccionarios de los mismos. Este 1er. Foro Latinoamericano puede constituir una buena plataforma de partida para estos trabajos conjuntos entre todos los pueblos latinos, comandados de forma conjunta. Por nuestra parte, ofrecemos nuestra experiencia investigadora y nuestra colaboración para todo lo que pueda resultar útil en el desarrollo de estos estudios.

Bibliografía

- CARRERA DE LA RED, M.F. (1998), “Apodos y sobrenombres de familia en el Oriente de Cantabria”. En GARCÍA, C., GONZÁLEZ, F. y MANGADO, J. (1998), *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Logroño, AHLE (Asociación de Historia de la Lengua Española), Gobierno de La Rioja y Universidad de La Rioja. Tomo II: 857-864.
- DÍEZ BARRIO, Germán (1995), *Motes y apodos*. Valladolid, Castilla.
- GODOY ALCÁNTARA, José (1871), “VI. Apellidos derivados del estado y condición de las personas, de la edad, parentesco, profesiones y oficios, defectos, cualidades y circunstancias personales, nombres de animales y apodos.” *Ensayo Histórico Etimológico Filológico sobre los Apellidos Castellanos*. Madrid, M. Ribadeneira: 169-195.

- GONZÁLEZ BLANCO, A. (2001), “Radiografía de Medrano en el siglo XX: Casas, Personas y Motes”. *A la Sombra del Castaño*. Medrano (La Rioja), ASC/ Ayuntamiento M.
- JARAMILLO LONDOÑO, A. (1961), “Apodos Gentilicios”. *Testamento Paisa*. Medellín (Colombia), Ed. Lealon, 2001: 417.
- LINDO, E. (1994), *Manolito Gafotas*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1996.
- MARTÍNEZ DíEZ, Joaquín (1983), *Historia de Alfaro*, Logroño (La Rioja), G. Ochoa.
- MARTÍNEZ RUIZ, Juan (1990), “Los laqab de oficio en la Granada morisca y en la tradición andaluza.” *Al-qantara. De Estudios Árabes*. Granada, Universidad Granada, 11 (2): 343-365.
- MEOUAK, Mohamed (1991), “Notas sobre los títulos, sobrenombres y los kunya-s del primer emir hispano-umayyade “abd al-rahman b. mu’awiya”. *Al-qantara. De Estudios Árabes*. Madrid, CSIC, 12 (2): 353-370.
- MOREU-REY, Enric (1981), *Renoms, motius, malnoms i noms de casa* (Cataluña, Baleares y Valencia). Barcelona, Millá- Col·lecció Llengua Viva, 4.
- MORGAN, Marlo (1991), *Las voces del desierto*. Barcelona, Ediciones B, S.A., 1997.
- MORI, Olga, (1983), “Observaciones sobre el uso del apodo en la Argentina.” *Actes du XVIIeme Cong. Internat. de Ling. et Philol. Romanes, III* (Aix-en-Provence, 29 aout-3 sept. 1983): 399-410.
- PAREDES CANDIA, Antonio (1977), *El apodo en Bolivia*. La Paz, Isla.
- PÉREZ-REJÓN MARTÍNEZ, F. (1999), *Huétor Vega y sus vecinos (1982-1995)*. Huétor Vega (Granada), Ayuntamiento H.V.
- RAMÍREZ MARTÍNEZ, J. (2001), “Los motes”. *A la Sombra del Castaño*. Medrano. (La Rioja), ASC/ Ayuntamiento M.: 14.
- RAMÍREZ MARTÍNEZ, Jesús y RAMÍREZ GARCÍA, M. Raquel (2002), “Proyecto “Gallinaldia”: Lectoescritura y valores.” en HOYOS RAGEL, M.C. y Otros, *El reto de la lectura en el Siglo XXI. Actas del VI Congreso de la Sociedad Española de Didáctica de la Lengua y la Literatura*. Granada, Grupo Editorial Universitario: 1463-1474.
- RAMÍREZ MARTÍNEZ, J. y RAMÍREZ GARCÍA R. (2002), “Proyecto “Gallinaldia”: Educación, lenguaje y valores. Los Gallos de Nalda.” En *Cuadernos del Iregua*. Nalda (La Rioja), El Arco la Villa: 30-41.
- RAMÍREZ MARTÍNEZ, J. (2002), *Los sobrenombres y su aprovechamiento educativo: Sobre los apodos del Valle Medio del Iregua (La Rioja)*, Madrid, UNED (Tesis Doctoral).
- RAMOS, F.M. y SILVA, C.A. da (2002), *Tratado das Alcnbas Alentejanas*. Lisboa, Ed. Colibrí-Ministerio de Cultura. 608 p.
- RUIZ SOLDEVILLA, Víctor (1998), “Motes catones. Los apodos: Un segundo nombre.” *Díjulos y Motes Catones*. Autol (La Rioja), Ayuntamiento A: 79-96.
- SÁNCHEZ-DÍAZ, Aníbal, “El apodo como fenómeno sociolingüístico en el Perú.” *Lenguaje y Ciencias*. Trujillo, Perú, 1980, 20: 54-60.
- STORNI, Julio S. (1953), *Motes del Tucumán: contribución para el mejor conocimiento del folklore argentino*, Tucumán (Argentina), La Raza.
- TAYLOR, C.F., *Vida de los indios nativos americanos: La familia, la caza, tradiciones y ceremonias*, Madrid, Libsa, 1996.
- VV.AA. (1992), *Cuadernos de Etnología de Guadalajara, 21: Especial sobre los apodos*. Guadalajara.